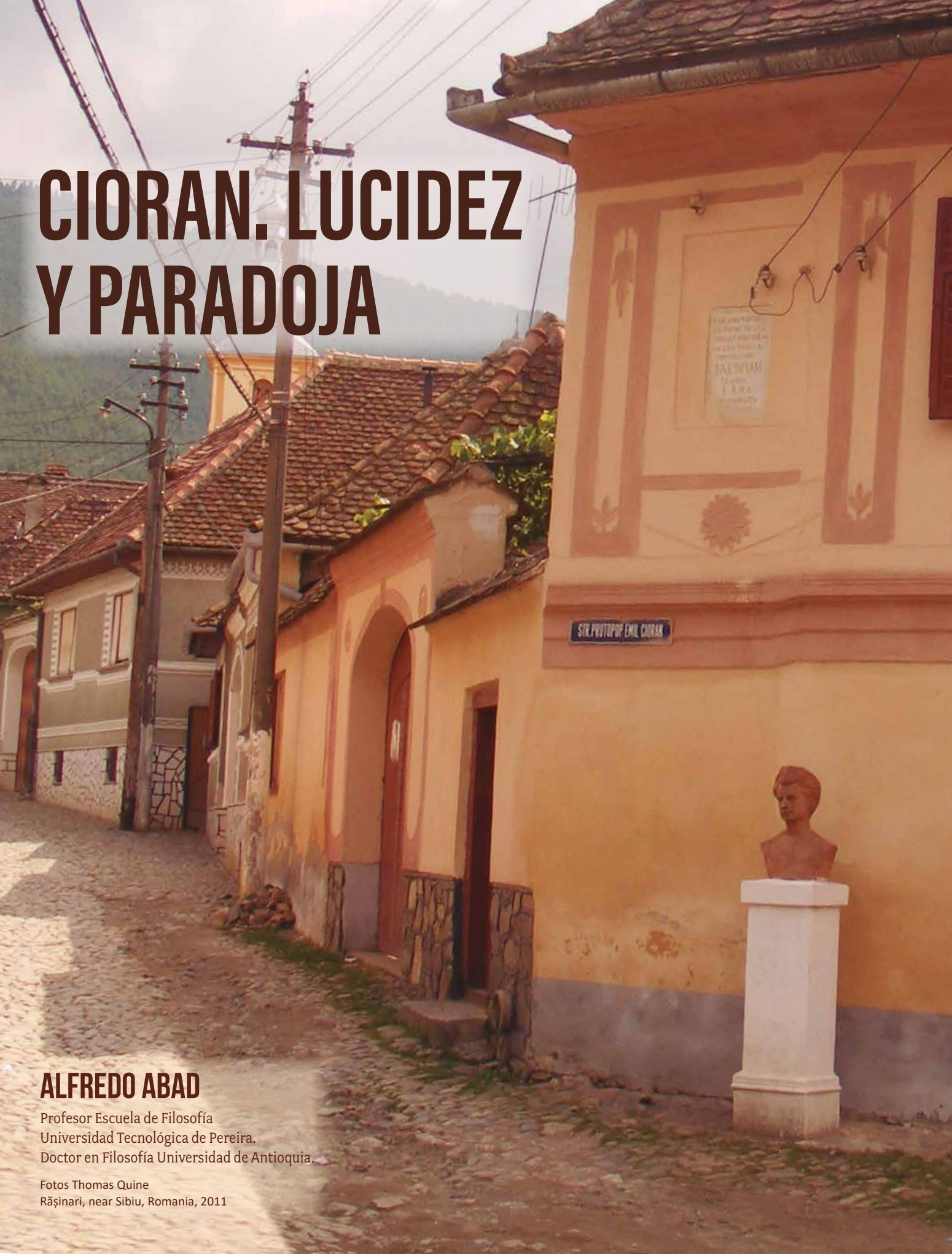


# CIORAN. LUCIDEZ Y PARADOJA



**ALFREDO ABAD**

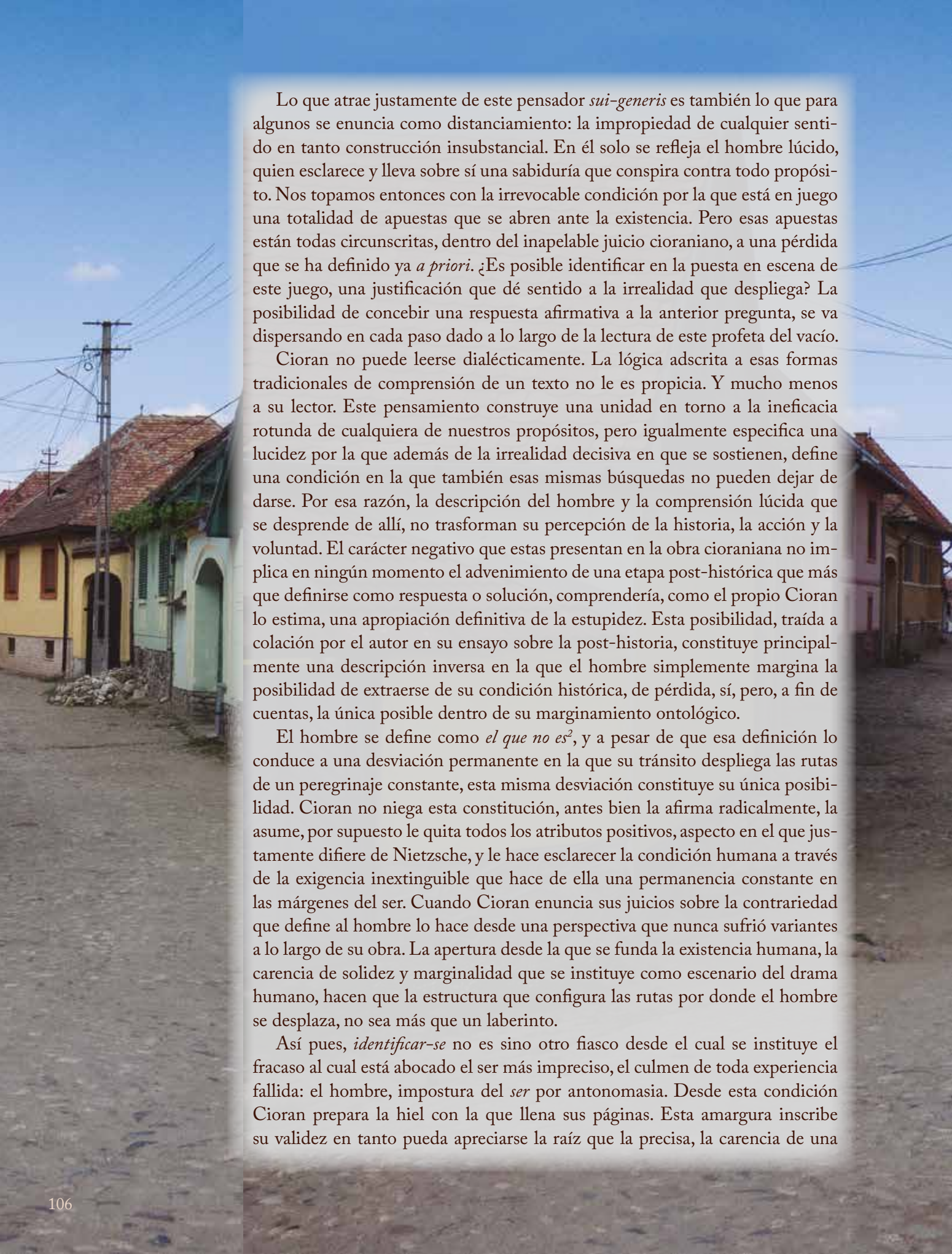
Profesor Escuela de Filosofía  
Universidad Tecnológica de Pereira.  
Doctor en Filosofía Universidad de Antioquia.

Fotos Thomas Quine  
Rășinari, near Sibiu, Romania, 2011



El universo se ha vuelto un recorrido anonadado por el desvanecimiento de toda certeza. ¡Cómo puede entonces seguir siendo atractiva la idea de vivir! Así, de una manera paradójica se abre la lucidez que demanda cualquier acercamiento a un autor del que poco puede extraerse, si lo que se busca es conservar el equilibrio, precisar de la suficiencia que invoca toda comodidad.

Probablemente sea en la incapacidad de reconocer sus carencias lo que hace al hombre extrañarse frente a una obra en la que se fustiga sin cesar la condición humana. La tendencia a conservar una dosis alta de altivez moral, engreimiento cognoscitivo y eficacia vital, oculta la precariedad que define ampliamente el reto casi siempre perdido de vivir. A grandes rasgos, esa es la lección que constantemente dejan los enfoques por donde Cioran transita, sin ningún tipo de accesorio metafísico que pueda introducir cualquier ámbito salvífico. Por ello también, la marginalidad que se evidencia en el carácter de su derrotero vital configura su comprensión desde cualquier constitución última del ser hasta la “vana” cotidianidad, de cuya vivencia se nutre, como ámbito imprescindible para un pensador a quien prostitutas y vagabundos podían brindarle experiencias significativas a la hora de interpretar la complejidad propia y ajena. Al fin y al cabo, la apariencia, como nulidad extrema que acoge enfocado en el pensamiento oriental, es la irrealidad sobre la que se logra consolidar todo acceso al vacío, el sucedáneo lúcido de la nada. “El vacío es la nada desprovista de sus calificaciones negativas, la nada transfigurada. Si llegamos a probarlo, nuestras relaciones con el mundo se encuentran modificadas [...] es saludable recurrir al vacío en nuestras crisis de furor: nuestros peores impulsos se debilitan en contacto con él”<sup>1</sup>.



Lo que atrae justamente de este pensador *sui-generis* es también lo que para algunos se enuncia como distanciamiento: la impropiedad de cualquier sentido en tanto construcción insubstancial. En él solo se refleja el hombre lúcido, quien esclarece y lleva sobre sí una sabiduría que conspira contra todo propósito. Nos topamos entonces con la irrevocable condición por la que está en juego una totalidad de apuestas que se abren ante la existencia. Pero esas apuestas están todas circunscritas, dentro del inapelable juicio cioraniano, a una pérdida que se ha definido ya *a priori*. ¿Es posible identificar en la puesta en escena de este juego, una justificación que dé sentido a la irrealidad que despliega? La posibilidad de concebir una respuesta afirmativa a la anterior pregunta, se va dispersando en cada paso dado a lo largo de la lectura de este profeta del vacío.

Cioran no puede leerse dialécticamente. La lógica adscrita a esas formas tradicionales de comprensión de un texto no le es propicia. Y mucho menos a su lector. Este pensamiento construye una unidad en torno a la ineficacia rotunda de cualquiera de nuestros propósitos, pero igualmente especifica una lucidez por la que además de la irrealidad decisiva en que se sostienen, define una condición en la que también esas mismas búsquedas no pueden dejar de darse. Por esa razón, la descripción del hombre y la comprensión lúcida que se desprende de allí, no transforman su percepción de la historia, la acción y la voluntad. El carácter negativo que estas presentan en la obra cioraniana no implica en ningún momento el advenimiento de una etapa post-histórica que más que definirse como respuesta o solución, comprendería, como el propio Cioran lo estima, una apropiación definitiva de la estupidez. Esta posibilidad, traída a colación por el autor en su ensayo sobre la post-historia, constituye principalmente una descripción inversa en la que el hombre simplemente margina la posibilidad de extraerse de su condición histórica, de pérdida, sí, pero, a fin de cuentas, la única posible dentro de su marginamiento ontológico.

El hombre se define como *el que no es*<sup>2</sup>, y a pesar de que esa definición lo conduce a una desviación permanente en la que su tránsito despliega las rutas de un peregrinaje constante, esta misma desviación constituye su única posibilidad. Cioran no niega esta constitución, antes bien la afirma radicalmente, la asume, por supuesto le quita todos los atributos positivos, aspecto en el que justamente difiere de Nietzsche, y le hace esclarecer la condición humana a través de la exigencia inextinguible que hace de ella una permanencia constante en las márgenes del ser. Cuando Cioran enuncia sus juicios sobre la contrariedad que define al hombre lo hace desde una perspectiva que nunca sufrió variantes a lo largo de su obra. La apertura desde la que se funda la existencia humana, la carencia de solidez y marginalidad que se instituye como escenario del drama humano, hacen que la estructura que configura las rutas por donde el hombre se desplaza, no sea más que un laberinto.

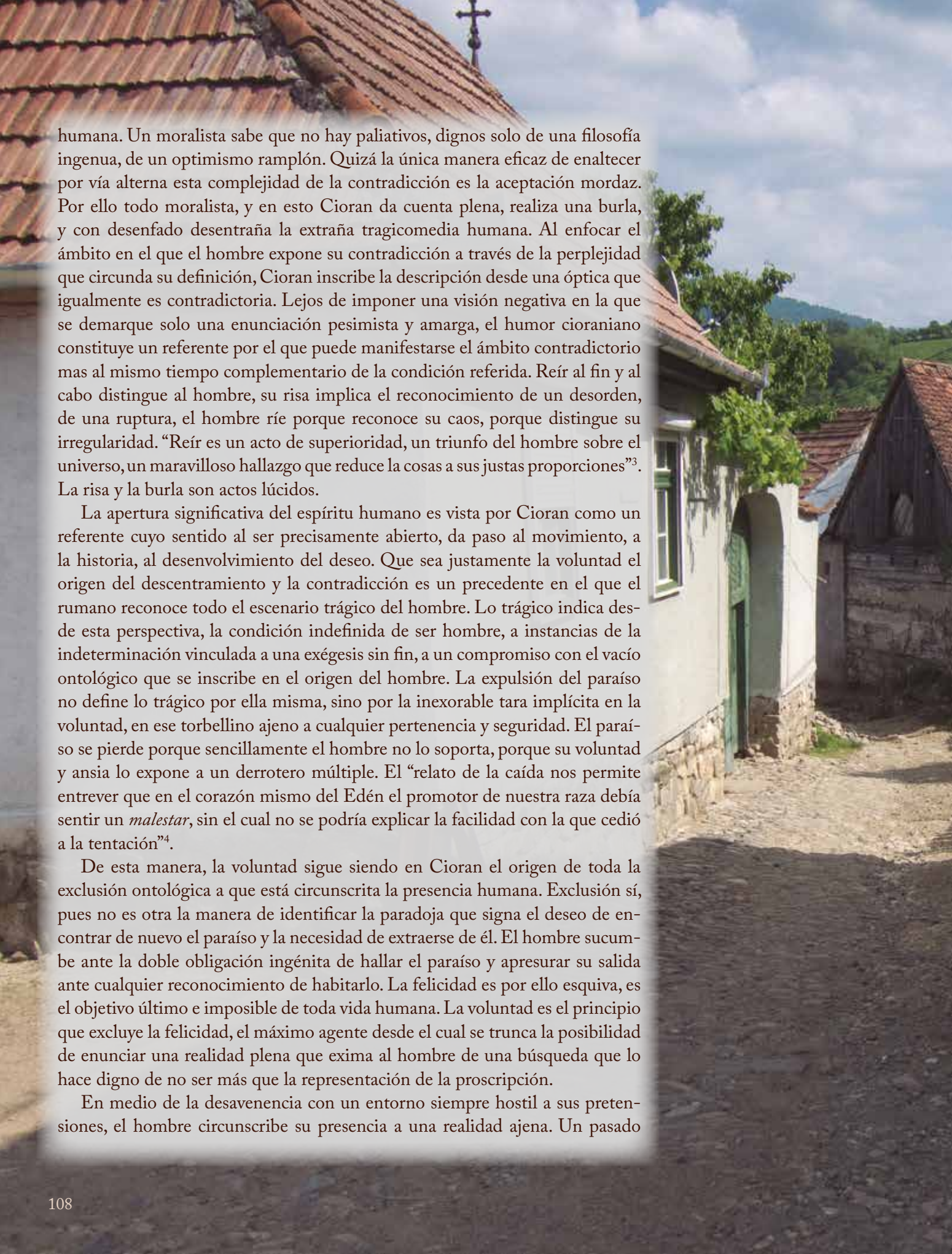
Así pues, *identificar-se* no es sino otro fiasco desde el cual se instituye el fracaso al cual está abocado el ser más impreciso, el culmen de toda experiencia fallida: el hombre, impostura del *ser* por antonomasia. Desde esta condición Cioran prepara la hiel con la que llena sus páginas. Esta amargura inscribe su validez en tanto pueda apreciarse la raíz que la precisa, la carencia de una

definición que inserte al hombre en una instancia de plenitud. Es el carácter indeterminado lo que no logra soportar este pensador marginal por excelencia. Estar al margen implica, y eso es lo que identifica la trasgresión cioraniana, no solo ubicarse a distancia de una línea específica y congruente en la que plácidamente se inscriban unos tantos, sino justamente distanciarse de sí mismo, prescindir de la impostura que otorga lo *proprio*, la definición satisfactoria por la cual podría a plenitud, *encontrar-se*. Cioran no pudo hacerlo, esta congruencia entre lo que se piensa y se vive probablemente tiene pocos parangones en el espectro del pensamiento contemporáneo.

Quien pretenda encontrar una entrega absoluta e inequívoca al pensamiento, a la filosofía, no logra sino corroborar una muy amplia ingenuidad. La filosofía ofrece demasiados resquebrajamientos y perplejidades que Cioran supo reconocer. A lo sumo puede establecerse una entrega auténtica a la reflexión, precisando que ésta puede estar sujeta a múltiples vicisitudes por las que cualquier tipo de intereses ajenos a un “pensamiento puro”, emergen sin duda. Cioran no fue ajeno a éstos y calificar su experiencia enmarcándola en un asunto ceñido a lo que caracteriza a un mero *posseur* es un despropósito de quien ante todo estaría solicitando una experiencia de pensamiento ajena a cualquier mortal. Invocar un pensamiento libre de toda mácula de intereses provoca hilaridad. Si Cioran, el escéptico, busca un reconocimiento mediático cuando procura publicar en Gallimard libros de bolsillo, lo hace sujeto a la demanda vanidosa que cualquier escritor tiene al establecer y concebir su oficio. Publicar es en efecto una impudicia, de la cual no cabe duda, debe sentirse orgulloso. Cioran tiene también propósitos, aunque pocos, muy claros. El reconocimiento de esta contradicción no se le escapó al autor, en quien dicha pugna no ofrece mayor estupefacción. Reconocerse como hombre implica sentirse a gusto en las propias insuficiencias y contradicciones. De manera tal que pareciera evadirse el conflicto una vez se distinguen las variaciones alrededor del fenómeno múltiple y amorfo de ser humano.

Esta condición, en extremo difundida por la propia obra del rumano, concibe la asimilación irrestricta del laberinto en que se desenvuelve la vida humana. La contradicción es la ruta por donde avanza el derrotero trágico que la signa. Que Dostoievski haya sido para Cioran un referente, uno de los más importantes, no obedece sino a la complejidad con que se define la experiencia abisal de la contradicción, tan ampliamente expuesta por el escritor ruso. El recorrido cioraniano se concreta en la ambivalencia con la que se especifica la vida, con el descentramiento de cualquier evidencia. Desde esta óptica se revela el ansia que define su atracción por las desavenencias. Al margen de la escolástica psicoanalítica, Cioran reconoce la obscuridad del alma humana, no la esquematiza, simplemente desenvuelve su presencia a partir de una descripción de su interioridad, del abismo insondable propio de cada quien.

El hombre es contradictorio, esto es, opuesto a *sí mismo*. Cabe destacar que en realidad la existencia o el reconocimiento efectivo de un *sí mismo* es algo sumamente complejo y, como tal, un sinnúmero de esbozos ronda su figura. Dentro de esa lucha se da el esclarecimiento, nunca pleno, de la condición




humana. Un moralista sabe que no hay paliativos, dignos solo de una filosofía ingenua, de un optimismo ramplón. Quizá la única manera eficaz de enaltecer por vía alterna esta complejidad de la contradicción es la aceptación mordaz. Por ello todo moralista, y en esto Cioran da cuenta plena, realiza una burla, y con desenfado desentraña la extraña tragicomedia humana. Al enfocar el ámbito en el que el hombre expone su contradicción a través de la perplejidad que circunda su definición, Cioran inscribe la descripción desde una óptica que igualmente es contradictoria. Lejos de imponer una visión negativa en la que se demarque solo una enunciación pesimista y amarga, el humor cioraniano constituye un referente por el que puede manifestarse el ámbito contradictorio mas al mismo tiempo complementario de la condición referida. Reír al fin y al cabo distingue al hombre, su risa implica el reconocimiento de un desorden, de una ruptura, el hombre ríe porque reconoce su caos, porque distingue su irregularidad. “Reír es un acto de superioridad, un triunfo del hombre sobre el universo, un maravilloso hallazgo que reduce la cosas a sus justas proporciones”<sup>3</sup>. La risa y la burla son actos lúcidos.

La apertura significativa del espíritu humano es vista por Cioran como un referente cuyo sentido al ser precisamente abierto, da paso al movimiento, a la historia, al desenvolvimiento del deseo. Que sea justamente la voluntad el origen del descentramiento y la contradicción es un precedente en el que el rumano reconoce todo el escenario trágico del hombre. Lo trágico indica desde esta perspectiva, la condición indefinida de ser hombre, a instancias de la indeterminación vinculada a una exégesis sin fin, a un compromiso con el vacío ontológico que se inscribe en el origen del hombre. La expulsión del paraíso no define lo trágico por ella misma, sino por la inexorable tara implícita en la voluntad, en ese torbellino ajeno a cualquier pertenencia y seguridad. El paraíso se pierde porque sencillamente el hombre no lo soporta, porque su voluntad y ansia lo expone a un derrotero múltiple. El “relato de la caída nos permite entrever que en el corazón mismo del Edén el promotor de nuestra raza debía sentir un *malestar*, sin el cual no se podría explicar la facilidad con la que cedió a la tentación”<sup>4</sup>.

De esta manera, la voluntad sigue siendo en Cioran el origen de toda la exclusión ontológica a que está circunscrita la presencia humana. Exclusión sí, pues no es otra la manera de identificar la paradoja que signa el deseo de encontrar de nuevo el paraíso y la necesidad de extraerse de él. El hombre sucumbe ante la doble obligación ingénita de hallar el paraíso y apresurar su salida ante cualquier reconocimiento de habitarlo. La felicidad es por ello esquiva, es el objetivo último e imposible de toda vida humana. La voluntad es el principio que excluye la felicidad, el máximo agente desde el cual se trunca la posibilidad de enunciar una realidad plena que exima al hombre de una búsqueda que lo hace digno de no ser más que la representación de la proscripción.

En medio de la desavenencia con un entorno siempre hostil a sus pretensiones, el hombre circunscribe su presencia a una realidad ajena. Un pasado



perdido en nostalgia y un futuro incierto definen las apreciaciones que Cioran establece en relación a la concreción vital que lo circunda. Inmerso en la historia, busca idealmente arribar al fin de la misma, mas, a fin de cuentas, no hace sino desplegarla al margen de la quietud íntima del ser. Que el hombre esté desgarrado y que esta grieta haya sido explotada por Cioran hasta el último de sus libros no sería una manera debida de exponer lo que acontece al respecto. Cioran no escribe una línea para poner en práctica un oficio, en este caso el de escritor. Cioran vive la divergencia con el mundo y la existencia atravesando un proceso terapéutico y vital en el que escribir está ligado íntimamente con la exigencia de vincular una preocupación metafísica. Escribir es pues una derivación de la concreción espiritual en la que vida y pensamiento están imbricados auténticamente.

Al declarar la incertidumbre como presencia inequívoca de la que no es posible extraerse, al precisar la futilidad de toda empresa inscrita en el torbellino de la voluntad, al hacer manifiesta la impropiedad de ser hombre, el pensamiento cioraniano deriva toda *praxis* hacia una imposibilidad o una impostura que no puede redimirse en absoluto. Este vínculo entre ser y no ser, entre existencia y vacuidad, recorre su obra como un proceso paradójico que identifica la zona brumosa en la que el hombre capitula ante la voluntad y restituye su orientación a través de la lucidez. Ésta última, al vaciar de todo contenido y sentido el propósito de la primera, dirige tangencialmente la confrontación al otorgar plenitud ideal al pensamiento del hombre, a pesar de que en la práctica cotidiana esa misma lucidez desaparezca cuando es desvirtuada por el acto.

Eso es probablemente lo que Cioran reconoce como imposibilidad suprema. En él mismo se revela la insignificancia del acto y la exigencia de llevarlo a cabo, especificándose la confrontación a que está sujeto quien ha llevado a cabo la tarea de confrontar su *praxis* con la lucidez. “Solo es posible *actuar* contra la verdad. El hombre comienza cada mañana, a pesar de todo lo que sabe, contra todo lo que sabe”<sup>5</sup>. Este reconocimiento se inserta pues en el examen del hombre, como paradoja que lo circunda, haciéndolo partícipe de una presencia que lo empuja a continuar, mientras simultáneamente lo conmina a identificar este avance como el que dan los pasos en un recorrido laberíntico del cual no podrá evadirse.

Cioran no transige con imposturas. Pero sabe que ellas posibilitan la existencia, o mejor, la capacidad inscrita en el hombre para saberse digno de habitar su insignificancia. Gracias al sueño, a la capacidad ficcional de engendrar imágenes y de creer en ellas, puede concretarse la emergencia de proyectos y su sostenimiento. Vivir es hacer manifiesta la necesidad de creer, de solidificar un engaño. ■

<sup>1</sup> Cioran, E. *Le mauvais démiurge*, en *Œuvres*, p. 1224, Gallimard, Paris, 2007.

<sup>2</sup> Cioran, E. *La chute dans le temps*, p. 1076.

<sup>3</sup> Cioran, E. *ibid.* p. 1078.

<sup>4</sup> Cioran, E. *ibid.* p. 1072.

<sup>5</sup> Cioran, E. *Précis de décomposition*, p. 619.